

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Junio de 1887

Año II

N.º 18

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LA REACCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

I

Con frecuencia, no ya entre los ignorantes, sino entre los más ilustrados, suele ocurrir que la bondad de una idea se extravía y se perverte por aquellos mismos que más la quieren y la estudian, de tal forma, que lo mismo que en la práctica debiera dar un resultado satisfactorio lo da abiertamente contrario y negativo.

Tal metamorfosis es por desgracia común á cuantos son más ó menos revolucionarios y nunca es inútil estudiar y determinar las causas que la originan.

Así, por ejemplo, en la siempre citada revolución francesa, hubo un elemento, el más radical, al parecer, que concluyó por sacrificar con sus extravíos aquella grande obra. Al mismo tiempo otro elemento opuesto al primero fué acusado entonces de reaccionario y pagó en el cadalso las culpas de sus propios acusadores.

Robespierre y Danton, los dos genios de aquel movimiento grandioso, representaban la primera y segunda tendencia respectivamente. Danton y su partido constituían el verdadero nervio de la revolución por sus aspiraciones federalistas y descentralizadoras; Robespierre y los suyos, nacidos también al calor de la revolución, extraviaron el principio, y en nombre de la salud del pueblo sacrificaron revolución y pueblo, justicia y libertad.

Sobre las ruinas de este dualismo de fuerzas surgió amenazadora la reacción. ¿Sabéis la forma? ¿Conocéis el agente?

La forma tomó cuerpo con el decreto sobre el culto del Sér Supremo; el agente fué el ídolo revolucionario, fué Robespierre, de quien dicen Proudhon y Bakounine que era el profeta de la divinidad.

Y aquella república que nació al grito unánime de libertad é igualdad, aquella subversión formidable de los oprimidos, quedó pronto reducida, convertida al privilegio, á la autoridad, adquiriendo proporciones tan odiosas por lo tiránicas, como lo habían sido las del poder que acababa de derrumbar; el despotismo de Luis XVI.

Todavía la influencia de aquella reacción se conoce en nuestros tiempos con el dictado de jacobinismo, y es común á todos los partidos democráticos, á las escuelas socialistas y á cuantos se precian de reformadores ó revolucionarios.

Puede decirse, con los naturalistas, que el jacobinismo es el resultado de cuanto hay de animal en el hombre; que es una de las manifestacio-

nes diversas de esa eterna lucha de la humanidad y la animalidad, que es el fermento que el hombre primitivo ha transmitido al hombre moderno para recordarle siempre que procede del salvajismo y de la barbarie, y que por tanto cuando se olvida de que su fin es *humanizar y humanizarse* retrograda y se encorva y finalmente sucumbe vencido en la lucha como hombre y por el animal.

El célebre revolucionario Bakounine, estableciendo un paralelo semejante, hace notar en uno de sus mejores estudios (1) que aquellos revolucionarios que se dicen idealistas son por regla general los materialistas más repugnantes y, recíprocamente, que los que se llaman materialistas son los que mejor comprenden el ideal y luchan por él. Los idealistas, no hallando nada superior al idealismo, sacrifican en su honor al hombre y á la sociedad si es preciso, y entonces engendran los Rousseau, los Robespierre, los Mazzini y tantos otros que, llevados de un concepto erróneo, arrastran á los pueblos por senderos extraviados para conducirlos al abismo. Los materialistas, partiendo por el contrario de la materia, juzgada deleznable por aquellos otros, se elevan por gradaciones sucesivas al ideal y llegan á él enaltecendo, pulimentando, purificando, por decirlo así, esa misma deleznable materia tan repugnante á los soñadores de las diversas escuelas espiritualistas, y entonces se producen los hombres de todas las ciencias, los que aplican el vapor, inventan la locomotora, aprovechan la electricidad, desenvuelven y perfeccionan la física y la química, transforman la astrología en astronomía, dan y descubren nuevos prodigios mecánicos, anulan el rayo, vencen á la tempestad, corrigen la obra y modifican la que los espiritualistas llaman creación del Sér Supremo; descubren y determinan las leyes económicas del trabajo, el cambio y el consumo; investigan los principios más esenciales de toda organización colectiva con la ciencia sociológica; la razón de todas las cosas con la filosofía; el mecanismo animal del hombre con la fisiología, el moral con la psicología, el intelectual con la frenología, y así, sin mutuo acuerdo, de uno y otro lado del mundo el ideal se va formando, ampliando, embelleciendo, por el concurso de todos los hombres amantes de los maravillosos secretos de esa materia deleznable, por los que prefiriendo la experiencia á la pura abstracción, que sólo puede engendrar el misticismo, ya sea reaccionario, ya tan revolucionario como se quiera, arrancaron para siempre á la humanidad del dominio de la imaginación obligándola á entrar en el de la razón y del positivismo filosófico y científico.

Por tal manera resultan también en el orden general de las ideas una alteración extraña que torna lo blanco negro y lo negro blanco, sin que el esfuerzo común haya llegado á vencer la causa eficiente de tan gran trastorno de las cosas. La *loca de la casa*, la imaginación, ese espejismo perpetuo á que se halla sometido el hombre, por la facultad de la abstracción intelectual, arrastra al individuo y á la sociedad por ignotos ca-

(1) *Dios y el Estado*.

minos que le seducen, que le atraen, como seduce y atrae lo misterioso, todo lo que se nos presenta entre nubes, todo lo que es ó suponemos maravilloso. Así la historia de nuestros mismos días nos muestra como por la democracia se llega á la tiranía, como por el triunfo del elemento popular se llega á las mismas injusticias comunes á las demás clases dominantes, como por la revolución se entra de lleno en la más completa reacción.

No hace mucho los más ardientes defensores de la democracia escribían en sus periódicos y libros su lema principal: «Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo;» ¿y quién no traduce tales palabras como nosotros las traducimos: «gobierno del exclusivismo, por el exclusivismo y para el exclusivismo?»

Pues bien; este y no otro fué durante mucho tiempo el banderín de enganche de la revolución, como si un privilegio fuese más revolucionario que otro, como si una injusticia pudiera ser preferible á cualquier otra.

¿No habéis visto esto mismo en la práctica? Sí; lo habréis visto, ¿como no? lo habréis visto una y mil veces porque el pueblo, traduciendo lisa y llanamente aquel lema, ha pisoteado una y mil veces también la libertad y la dignidad personal, decapitando al que no quería apellidarse ciudadano; impidiendo, por la fuerza del número, la manifestación de las ideas que no eran de su agrado, apedreando al que no pensaba como él quería que pensase, ejerciendo, en fin, de tirano en posesión de todas sus despóticas prerrogativas. La gran masa lo era todo. El individuo, el ciudadano, no eran nada ó eran simplemente palabras para establecer corrientes de mentida simpatía entre los que así querían llamarse. La revolución democrática es, pues, la reacción con antifaz.

Pero aun hay más. La revolución pasó un día de la democracia al socialismo, y el pueblo, que siempre va donde quiera que vea escrita aquella palabra, se hizo socialista, por no dejar de ser revolucionario.

Las gentes dijeron todo es de todos, nada es de nadie; es preciso remover el mundo y cambiar todo lo existente, y la sangre volvió á correr como antes había corrido, y el socialismo triunfó aquí ó acullá, y entonces, el fermento reaccionario salió á la superficie con la preponderancia del Estado, con los talleres nacionales, con la repartición, con el derecho al trabajo en forma de limosna ó de sopa de convento, y todo el mundo pudo ver desde luego que también el socialismo era, como la democracia, la reacción con antifaz.

El falso concepto del idealismo, el principio erróneo de que la libertad y la felicidad de todos constituye la de cada uno, puso desde luego de manifiesto el defecto capital, tanto de la democracia como del socialismo.

Cuando *todo* podía pasar á manos de todos, cuando *todos* constituían el gobierno de todos, se vió otra vez que la masa, representada esta vez por el Estado, gran dispensador de beneficios y de libertades, se encumbraba en el pedestal de la tiranía para impedir de nuevo la libertad personal, pisotear la dignidad del individuo y convertir al ciudadano y al productor en un esclavo, en un asalariado del inmenso todo, de la sociedad.

¡Revolución! ¡Extraña contradicción de lo pasado! ¡Espléndida esperanza del presente! ¡Magnífica realidad de lo futuro!

La Revolución ya no es democrática ni socialista: es anarquista.

¿Será también la reacción dueña de la revolución en esta nueva etapa? Tal será el objeto del próximo artículo.—R. M.

EL CAPITALISMO EN LA AGRICULTURA

HASTA el presente el movimiento del proletariado concretábase á los grandes centros de población y á los trabajadores de la industria.

La perturbación causada por la concentración de capitales y por la aplicación de la mecánica pusieron tiempo há á los obreros industriales en el caso de organizarse para la defensa, á la par que determinaron la revelación de las aspiraciones emancipadoras del socialismo.

Cada vez que un invento destruía un método antiguo de producción y multitud de pequeños industriales sucumbían ante la concurrencia poderosa de la fábrica montada con gran capital y sorprendentes y poderosas máquinas, multitud de obreros antes diseminados en pequeños talleres y aun en el hogar doméstico se regimentaban en un gran centro productor, limitaban sus aptitudes productoras á las exigencias de la división del trabajo y seguían automáticamente el toque de la campana que señala alternativamente las horas de la explotación y las de la mísera libertad que conceden los explotadores.

Esa concentración, siguiendo la ley de las compensaciones, ha producido el proletariado militante, facilitando las relaciones, la propaganda y la organización y creando esa potencia proletaria que como un nuevo elemento de progreso ha surgido en el presente siglo.

Los trabajadores agrícolas quedaban naturalmente rezagados respecto de ese movimiento, merced á que el capitalismo ha retardado su entrada en los dominios de la agricultura, y por tanto el agricultor seguía viviendo en plena Edad Media y sin participar apenas de la lucha de las ideas modernas, entregado á la servidumbre moral y material impuesta por el cura y el cacique de aldea.

Tal estado ha de tener un término, y del mismo modo que el tejedor, por ejemplo, ha visto su telar anulado por la inmensa fábrica de hilados y tejidos, el campesino verá su olivar, su viña, su huerta y su tierra de pan llevar confundidas en la vasta granja, donde, bajo la dirección de un ingeniero, se aplicará la mecánica, la química y la división del trabajo para producir con arreglo á las exigencias de la economía y someterse á la ley de la oferta y la demanda.

Cuando esta transformación, iniciada ya, alcance cierto grado de desarrollo, comenzará á perderse el tipo rudo y semibárbaro del campesino, se verá en los campos el noble y simpático aspecto del obrero industrial y por todas partes surgirán secciones de agricultores que completarán las falanges del ejército revolucionario.

Para que no se crea que nuestras presunciones carecen de fundamento, llamamos la atención sobre un hecho que se viene produciendo hace ya

tiempo en Barcelona y que en un principio llamó vivamente la atención de la prensa y de la opinión pública, aunque después, pasada la impresión del momento, haya caído en la general indiferencia con que aquí se miran los asuntos de verdadera importancia económica para dar la preferencia á cuanto afecta únicamente los intereses de los privilegiados ó las preocupaciones proteccionistas. En el puerto de Barcelona se reciben grandes cargamentos de trigo que, á pesar de los gastos de transporte que ocasiona el cruce del Océano y los derechos de entrada, compite ventajosamente con el trigo español. De modo que España, país eminentemente agrícola, se ve derrotado en uno de sus puertos porque el empirismo del cultivo y la carestía de sus medios de transporte son inferiores á los adoptados en las apartadas regiones de Norte-América, cuyo país da á la agricultura un desarrollo extraordinario, como puede verse por los siguientes párrafos de una Memoria publicada por el administrador de una hacienda, que reproducimos tomados de una publicación socialista:

«Nuestra hacienda de 1.500,000 acres nos fué concedido en 1883 por el Estado de la Luisiana y el gobierno federal. Era entonces este territorio un inmenso erial donde pastaba el ganado de algunos negociantes de las inmediaciones. En la toma de posesión se encontraron más de 300 pares de caballos y toros salvajes. Se hicieron las divisiones convenientes y se construyeron estaciones ó ranchos distantes seis leguas uno de otro, rodeando toda la extensión de la hacienda de una tapia que costó 250,000 francos. La tierra resultó excelente para el cultivo del arroz, del azúcar y del algodón.

»Establecióse naturalmente la grande cultura, haciéndose todo el trabajo por medio del vapor, incluso el drenaje y el riego. *Tres hombres con una máquina pueden labrar 30 acres diarios ó sean 121,380 metros cuadrados.* El desbroce, la plantación y demás trabajos todo se hizo y se hace de la misma manera. No existe en toda esta vasta hacienda un solo caballo de tiro, destinándose los caballos á los guardas del ganado, del cual hay 16,000 cabezas y á otros servicios análogos. Hay además una nevera, molinos, varios talleres y una cantera.»

Por si el anterior dato no basta, traducimos de nuestro colega holandés *Recht voor Allen*:

«Todos sabemos que la famosa granja de Dalrymple, en el Dacota, era la mayor del mundo; es tan grande que un par de mulas arando empleaban medio día para hacer un solo surco, caminando siempre en la misma dirección.

»Pues bien, últimamente se ha constituído una sociedad de capitalistas de Nueva-York para explotar una granja tres veces mayor que la de Dalrymple. Tendrá 160 kilómetros de largo por 40 kilómetros de ancho, ó sea un total de 640,000 hectáreas.

»Todo el trabajo se hace en ella exclusivamente por medio del vapor. Cuando hay que arar, por ejemplo, un campo de 60 hectáreas, se emplean dos máquinas de vapor, una á cada extremo del campo, que impulsan el arado, ya en una, ya en otra dirección.

» Por este procedimiento tres hombres labran 10 hectáreas al día, en tanto que con los procedimientos comunes, por medio de bueyes, no podrían labrar más que 2 ó 3.

» Esta sociedad cuenta con buques de vapor de su propiedad, y el ferrocarril del Sur del Pacífico cruza sus tierras en una longitud de 67 kilómetros.»

Como se ve, la pequeña propiedad y el cultivo tradicional se hallan en camino de ser absorbidos y transformados por la gran propiedad y el cultivo científico y económico, y por consiguiente la agricultura quedará sometida á la explotación capitalista como su hermana la industria.

Con esa transformación el capitalismo, como inmenso pólipo, llevará sus tentáculos á donde quiera que exista jugo que chupar para llenar su insaciable estómago, irá secando fuentes de vida y produciendo más y más esas grandes crisis que por alcanzarse unas á otras constituyen ya un estado permanente; pero habrá simplificado los términos del problema social y agrupado á todos los trabajadores del mundo civilizado.

Con los progresos de la organización coincidirán los del estudio y de la propaganda, que llegarán al punto de demostrar con absoluta y perfecta evidencia que la revolución burguesa sucumbió después de un siglo de existencia por haber opuesto al progreso su egoísmo de clase, al paso que por alcanzar su emancipación la clase desheredada, que constituye la última capa social, queda libre la vía del progreso, y la revolución proletaria será por esto imperecedera.—L.

PREOCUPACIONES Y PROBLEMAS

(BOSQUEJOS PARA UN LIBRO)

I

Ni las preocupaciones á que vamos á referirnos son las comunes de la sociedad en que vivimos, ni los problemas serán cosa nueva para los lectores de ACRACIA. Partimos del antiguo principio *conócete á tí mismo*, por cuyo motivo no nos vamos á ocupar de problemas y preocupaciones en general, pues no faltan éstas y aquéllas entre los creyentes de las ideas del porvenir al igual que entre los fanáticos adoradores de las ideas del pasado, bien que el género de las modernas sea distinto del de las antiguas.

Ocuparse de estas últimas en concepto de los enamorados del ayer, es cosa por demás delicada, que puede afectar á la continuación de la manera de ser actual, pues se corre el peligro de desvanecer la ilusión de cuantos conservan aún la fe, ó escandalizar á los que aparentan vivir con ella, si con el escalpelo de la razón ó de la crítica se analizan las ideas del pasado, origen de la organización social presente.

No tal sucede con lo sustentado á partir de los principios establecidos por la clase obrera, que andando los tiempos han de abrir en las páginas de la Historia un nuevo periodo, una nueva era de Libertad, Ciencia y Justicia. El análisis de las ideas socialistas modernas, lejos de dañar, lejos de ser atentatorio á la seriedad y crecimiento de las mismas, viene á representar en el terreno especulativo lo que para las piedras preciosas

representa el trabajo del diamantista; cuanto más se pulimentan tanto más aumenta su brillo y se acrecienta su valor. La luz y el pulimento no las perjudica, las embellece; otro tanto acontece con las ideas que tienen razón de ser porque representan una aspiración en la que está interesada gran parte de la Humanidad.

Por tales motivos no tememos, al escribir estas líneas, abordar cuestiones que, si pueden hallar entre las filas socialistas partidarios y adversarios, no ocasionarán discordia ni división alguna, porque las diferencias de opinión que puedan evidenciar no afectarán al fondo de los principios, ni aun tampoco á la forma de la organización, cosas ambas que, no obstante, creemos pueden someterse siempre á discusión. Sólo sentimos que por nuestra condición de proletario no nos sea posible conceder al tema que nos sirve de título el tiempo necesario para darle la extensión de un libro.

En las cuestiones suscitadas por la prensa, el folleto y la propaganda oral socialista, no siempre ha presidido un criterio suficientemente científico, como se ha pretendido. Nuestro abolengo comunista por una parte y de otra una pretendida lógica nos han hecho afirmar y negar á veces en cuestiones secundarias y á veces en algo trascendental, que á dominar nuestros enemigos el fondo de la doctrina socialista y sus relaciones con los progresos teórico-prácticos de la ciencia, no siempre habríamos salido airosos en las polémicas y controversias.

Y es que por lo regular nos ciega una lógica aparente y argüimos á partir de ella sin reparar que no estamos al corriente de los conocimientos, por falta de tiempo y ocasión, que desconocemos mucho bueno que en el terreno de la especulación científica ponen de manifiesto como resultado de una sagaz observación los hombres dedicados al estudio.

Fiados en aquella lógica y sin tener presente que el principio federativo informa nuestro credo, olvidándonos muchas veces que dentro de aquél subsisten armónicamente la variedad y la unidad ¡cuántos pujos de unitarismo absorbente, reñido con la idea de libertad y no muy en armonía con el principio federativo hemos observado! así en el terreno de la organización como en el de las teorías ó propaganda.

La manera como tratamos la idea de patria ó el amor patrio es buena prueba de ello.

La generosidad de nuestros ideales, al proclamar la solidaridad humana, nos ha hecho odiosas las fronteras creadas no tanto por la naturaleza como por la funesta al par que ridícula diplomacia.

Y los sentimientos, obrando antes que el raciocinio, se han empeñado en unificar el mundo, en maldecir la idea de patria, y como consecuencia se ha renegado de la diversidad de lenguas y se pretende ver en el hombre un sér cosmopolita más bien que habitante de España ó Francia, de Italia ó Alemania, etc., etc.

¿Por qué? Porque aquellos ideales generosos están en pugna con los hechos de nuestros días y los consignados en la historia de tantas atrocidades constan, la mayor parte de cuyos hechos han tenido por origen un

desviado amor patrio, amor patrio desviado por los tiranos empeñados en aumentar su patrimonio á costa de las vidas de sus iguales convertidos en vasallos por la fuerza y el saber juntos, puestos al servicio del más astuto.

Porque la diversidad de lenguas ha parecido venía á coadyuvar á la obra de los tiranos determinando separaciones entre los seres de una misma especie y á dificultar sus relaciones.

Y en nombre de los sentimientos fraternales que á la humanidad animan, los socialistas, atentos á la expansión de la lógica, por trivial que resulte, antes de estudiar la cuestión, analizándola desde el punto de vista científico ó racional, hemos lanzado anatemas sin cuento, aspirando á una unificación irritante, reñida con el principio federativo de que partimos y aun con la ciencia, según la manera como nos expresamos.

¿Afecta á los principios ácrata-colectivistas la idea de patria? ¿Está en pugna con el principio federativo? No.

Según antes hemos apuntado, la idea de patria, en la acepción dada al concepto, según los hechos contados por la historia de todos los pueblos, está sí en pugna con la humanidad por causas pasajeras, como son la tiranía y el salvajismo; mas donde ambas desaparezcan, como sin duda desaparecerán mucho antes del planteamiento de nuestras ideas, no ha de oponerse en nada al curso de la civilización y el progreso ni á las ideas emanadas de ellos. Entonces quedará reducido todo á una simple cuestión de derecho que el sentido común resolverá en la práctica. Subsistiendo el territorio de las actuales naciones con las denominaciones presentes ú otras,—que esto nada importa,—y establecido el principio federativo, las palabras frontera, límite, etc., tendrán valor puramente geográfico y más allá de ellas no habrá enemigos nuestros si no nos empeñamos en verlos, como en la agrupación de ciudades y pueblos, la división por distritos, barrios y calles no constituye un peligro para la tranquilidad y buena armonía del conjunto. Y la denominación de francés, español, alemán, turco, europeo ó americano, no será óbice para que los hombres se respeten y amen, según ya vemos normalmente; que en las familias los hermanos tienen nombres diferentes para diferenciarse y para expresarse con claridad al tratar de los mismos en tercera persona.

Que los hombres amen preferentemente al lugar donde nacieron ó donde viven, sobre ser cosa muy natural, nada vemos en ello que se oponga á la marcha progresiva de la humanidad. Cante un poeta las excelencias del pueblo ó comarca en que vió la luz ó en que mora, cante otro las de la suya respectiva y otros mil que les imiten; si al fin y al cabo el canto de uno ha servido de emulación al otro, y cada cual ha procurado sobrepujar á su antecesor, el resultado obtenido será altamente beneficioso para la bella literatura, recreo para el entendimiento y ornato de la humanidad.

El hombre, al amar el lugar en que nace ó en que vive con preferencia á los demás lugares, no comete ningún absurdo, como tampoco lo comete antes de ser padre no sintiendo amor por los hijos que más tarde

engendrará. Se ama ó se odia aquello que se conoce, no lo que desconocemos.

No ha de oponerse el socialismo al curso natural de las pasiones nobles; es más: no puede oponerse si no quiere destruir por su propia base su doctrina esencialmente racional. Tenemos al amor patrio por sentimiento natural, y entendemos que educándolo puede servir á la causa de la humanidad del propio modo que bastardeado ha sido útil á cuantos endiosados tiranuelos han tratado de satisfacer su ambición y sed de grandeza, aprovechando la ignorancia de otras edades.

Pero es cuestión harto compleja ésta, para tratada en un artículo; abarca muchos puntos de vista, y hay que deslindar bastante para ponerla en claro, por lo opuesta que le es la corriente. Contra la patria han declamado nuestros amigos y nuestros adversarios también. En favor del cosmopolitismo, de la fraternidad universal ha sucedido otro tanto. Mucho conocemos escrito en ambos sentidos, expresión de sentimientos hijos de impresiones momentáneas ó mal digeridas, que han influído no poco en el ánimo del común de los hombres en lo que va de siglo; pero en cambio poco, casi nada conocemos, donde se estudie este punto, asaz interesante para tenido en poca estima.

Tengo para mí, que si hoy puede haber divergencia entre los socialistas por lo que respecta al concepto del amor patrio, débese á la poca atención que este tema ha merecido de los hombres pensadores. Pues, según queda indicado, no somos los socialistas únicamente los que no vemos claro en este asunto, que otro tanto sucede á los hombres de la escuela conservadora, Castelar inclusive.

Este, al igual de todas las figuras destacadas de la clase opresora, ha declamado admirablemente contra el amor patrio de aldea, hallando bellas frases para denigrarlo y hacerlo odioso, mientras por otra parte ha cantado en prosa magistral y grandilocuente el amor patrio nacional. En lo cual vemos tan sólo puro convencionalismo, ausencia de seriedad y aun de lógica.

En cambio los socialistas, llevados un poco del espíritu de contradicción y en gran parte por el sentimentalismo, no vemos en el amor patrio otra cosa que una pasión de gran fuerza, de explosión vehemente, puesta las más de las veces al servicio de malas causas; vemos además la poca consistencia que la conceden sus mismos explotadores arreglando las fronteras ó límites de una nación, haciendo cambiar de patria á pueblos, ciudades y comarcas, por obra de la diplomacia, con igual facilidad que un huésped cambia de domicilio. Pues abundan las comarcas como Alsacia y Lorena puestas en el caso de haber de tener amor patrio por Alemania y antes del año 1870 el fuego de su patriotismo habían de consagrarlo á Francia; como Niza formaba no há mucho parte de la patria italiana, y hoy los sentimientos patrióticos de sus habitantes han de ser por Francia; del mismo modo que un día una porción de pueblos y ciudades comprendidos desde Nimes y Montpellier al Pirineo, sacrificáronse en aras de su patriotismo catalán, defendiéndose heroicamente

contra los franceses, entonces sus enemigos y hoy sus compatriotas.

No es este el único contrasentido por el cual venimos en conocimiento de la poca base concedida por la gente del ayer al sentimiento patrio. Si estiman que el hombre ha de moverse por el amor á la patria-nación ¿por qué maldicen y califican de ruin amor de campanario al amor del patrio hogar?

Tales contrasentidos y los sacrificios inhumanos tan estérilmente consumados en nombre del patriotismo, han sido causa que los socialistas, afanosos de originalidad, declamemos sin cesar desde la Revolución francesa hasta al presente contra la expresión de este sentimiento, que á despecho de nuestro raciocinio bulle en ocasiones por el sistema nervioso, como irritado de no haber merecido el justo concepto todavía, siendo una de las pasiones que más juego han dado á la humanidad desde su cuna á nuestros días.

El amor patrio es sentimiento natural como resultado de afecciones espontáneas. La lengua propia, las costumbres locales, la manera de sentir, las condiciones físicas del lugar en que el individuo nació ó se ha criado, etc., forman un conjunto homogéneo en que se interesan y desarrollan nuestros sentidos, y cuanto discrepa de aquel conjunto nos gusta menos ó más, según los casos y las condiciones individuales. Aquella homogeneidad á cuyo calor nos hemos formado hombres, tiene siempre gran influencia sobre nuestro sér, y nos gusta, amamos aquel todo y sin darnos cuenta sentimos amor á la patria en su forma natural, espontánea y bella. Y de este dulce é inofensivo amor á la pasión violenta que tantas guerras ha alimentado la diferencia es corta, justificada quizás muchas veces. Ante la invasión de un territorio, verificada por una soldadesca desenfrenada, comprendemos y nos explicamos la brutal defensa de los campesinos y aun de los ciudadanos, porque el individuo á la vez siente hollada su dignidad de hombre y ve perjudicados inconsideradamente sus intereses y afecciones queridas. El amor que suavemente nos atrae á una mujer, suele trocarse de idilio en drama horrible, cuando un tercero rompe la serena tranquilidad de aquel amor. Y consideramos como sér indigno, miserable y rastrero al que á toda costa, en tales casos, no pone su dignidad á la debida altura. Fases del amor son éstas como aquéllas y han de merecer igual consideración unas y otras.

El sentimiento de patria es superior á las teorías y frases bellas de todos los oradores que pretendan negarlo y sólo tengan adjetivos laudatorios para la patria humana. Elocuentes en alto grado son los hechos observados sobre el particular. La nostalgia que sentimos fuera del país, aun los más despreocupados; la muerte sufrida por algunos salvajes traídos á Europa en diferentes ocasiones, cuya causa no ha sido otra que vivir lejos del lugar do nacieran, habiendo mejorado de condiciones y viviendo, aunque en país civilizado, entre algunos de sus iguales, respetándoseles sus hábitos y preocupaciones; el sentimiento de cariño que sentimos en país extranjero al dar con un compatriota á quien antes no conocíamos y de quien seguramente no habríamos hecho caso en nues-

tro propio país, aun habiéndonos visto en una misma casa; estos y muchísimos otros hechos, así de índole común como casos concretos, cuya explicación es un problema sin solución si se niega el amor patrio como inherente á nuestros sentidos, son hechos dignos de estudio que á buen seguro nos llevarían á esta conclusión:

«Se ha abusado del sentimiento patriótico en todos tiempos, habiéndose bastardeado de continuo, pero es sentimiento natural, tal vez en nosotros viciado por la herencia, y es preciso educarlo para que pasión tan noble beneficie á la humanidad del propio modo que la ha castigado. Tal vez pueda ser el conductor que, variado de rumbo, nos encamine á la fraternidad universal, por la emulación patriótica de sentimientos bellos.» — C.

JUSTICIA Y ECONOMÍA

PUEDE decirse que hasta que el socialismo moderno suscitó la idea de *justicia* y *economía* sociales no se tenía un concepto claro de estas ideas.

Por *justicia* se consideraba los preceptos morales consignados en los libros sagrados ó las prescripciones legales.

Por *economía* entendiase el conjunto de prácticas rutinarias transmitidas tradicionalmente en los distintos ramos de la actividad humana.

Era la *justicia* la Biblia y el Código; era la *economía* la rutina envejecida y aceptada sin examen.

La idea de *justicia*, que ha de ser la última expresión del trabajo del pensamiento en lo moral, y la de *economía*, que representará el dominio científico de la materia, tomadas de lo pasado y respetadas como cosa histórica y tradicional, constituyen un error gravísimo, cuya consecuencia inmediata es dificultar el progreso, convirtiendo en reaccionarios á los poderes, las instituciones, las costumbres y á un número inmenso de personas.

La razón es clara: considérese si se quiere el cristianismo allá en su origen como un progreso inspirado por la idea de justicia que protesta contra los errores y la corrupción del paganismo; considérese igualmente el derecho romano como un progreso social y político respecto de la imperfecta organización de los Estados anteriores. ¿Puede aceptarse que el cristianismo y el derecho romano sean la fórmula absoluta de la justicia? Veinte siglos de dominación durante los cuales la historia archiva un cúmulo espantoso de guerras, revoluciones, pleitos y todo género de crueles y sangrientas desavenencias responden negativamente.

Las necesidades materiales de la vida son apremiantes é imprescindibles: para llenarlas cumplidamente era necesario tener una noción justa del derecho para que todo consumidor cumpliera sus deberes sociales sin faltar á la justicia, y después necesitábase un conocimiento suficiente, ya que absoluto no era posible, de la materia utilizable y adaptable á las necesidades humanas, juntamente con una organización equitativa del trabajo, del cambio y de la distribución de los productos. ¿Puede creerse

que con la carencia de circunstancias tan esenciales existiera la economía? Las crisis industriales, la aglomeración de habitantes en los grandes centros de población, la miseria de las poblaciones rurales, las emigraciones en masa y las guerras para la conquista de nuevos mercados dan también respuesta negativa.

En el orden moral es justo lo que por el concurso de todos á todos beneficia por igual.

En el orden material es económico lo que por todos y para todos produce más y mejor resultado con menor esfuerzo.

Si con el criterio que de estos principios sociales se desprende juzgamos la actual sociedad, llegaremos á un severísimo juicio.

Encontramos que el producto se obtiene por el concurso de capitalistas y obreros: los primeros en posesión del crédito, del capital, de las primeras materias y de los instrumentos de trabajo; los segundos poseyendo únicamente sus brazos y un empirismo práctico.

Para el capitalista la propiedad del producto, más los beneficios de su venta.

Para el obrero que ha vendido su trabajo por el jornal, hállase el peligro de verse despojado de su oficio, único medio de subsistencia, por la adopción de una nueva máquina, y cuando como consumidor ha de adquirir el mismo producto que ha creado, ha de pagar la usura al capitalista.

Semejante fundamento social, considerado con el criterio de la justicia, es inmoral é injusto, por cuanto viene á ser un pacto leonino en que el que contribuye con más es el que reporta menos en odiosa desproporción; considerado con el de la economía, es desordenado é irregular, toda vez que con ese sistema de producción se pierden fuerzas, inteligencias, actividades é iniciativas.

Tan inicuo como torpe procedimiento es causa de un dualismo social que divide á los hombres en explotados y explotadores, y se opone á la fraternidad y solidaridad que debe existir entre todos los miembros de la gran familia humana.

Vemos, pues, que lo que en el mundo de la tradición y de los explotadores se entiende por *justicia* y por *economía*, en el mundo de la razón y de la ciencia es *injusticia* y *despilfarro*.

Para que la *justicia* y la *economía* sean una verdad en los hechos y en la apreciación general de todas las inteligencias, necesítase una transformación social que destruya todos los privilegios, y una difusión de la ciencia que desvanezca los errores de la tradición y los espejismos con que los falsos sistemas alucinan á los sectarios.

Hoy que los trabajadores constituídos en potencia social proclaman que su emancipación ha de ser su propia obra, deben penetrarse bien de la noción exacta de *justicia* y *economía*, estudiarla en el seno de sus organizaciones, prepararse á llevar á la práctica sus conclusiones y acelerar la obra revolucionaria, porque sólo de este modo pueden, en medio de la sociedad de la injusticia y del desorden, anticiparse á servir la causa de la *justicia* y de la *economía*.—L.

MISCELÁNEA

EL orden reina en... Bélgica. Los mineros han descendido nuevamente á las minas, pasando por las horcas caudinas de una explotación ejercida por burgueses irritados por la protesta y la lucha.

Con este motivo la prensa obrera trata de poner de manifiesto la enseñanza que de este hecho se desprende, proclamando que es absolutamente necesaria la organización.

«Se ha entrado en lucha, dice la *Avantgarde*, de Bruselas, sin orden ni concierto. Dirán muchos: los trabajadores de la ciudad pueden esperar cómodamente. Pero los mineros morimos de hambre, somos impacientes y queremos una rápida solución. Estas impacencias son legítimas; las comprendemos perfectamente; pero no basta para triunfar que una idea sea justa; necesitase además que tenga en su favor el número y la fuerza.»

ACRACIA se une á este movimiento de sus colegas obreros, y excita también á los trabajadores españoles á que se unan en sólida y racional organización para dar *número y fuerza* á la idea revolucionaria; y aprovecha esta ocasión para felicitar al Congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Española, celebrado en Mayo último en Madrid, por haber tomado la iniciativa en el estudio de la conveniencia de suprimir el exclusivismo local consignado en el art. 5.º de sus Estatutos, coincidiendo con nuestras particulares ideas sobre este punto, por creer que la destrucción de ese exclusivismo dará *fuerza y número* suficientes á la organización para obtener el triunfo de nuestros ideales.

En el Senado español un senador ha revelado que hay cuatrocientas mil fincas adjudicadas al Estado por falta de pago de la contribución.

Como se ve la propiedad es sagrada para la burguesía únicamente cuando se trata de combatir á los socialistas; no cuando en la vida real el propietario desciende por la pendiente del descrédito y la ruina.

Un propietario es respetado por la ley en tanto que sus negocios, por medios más ó menos lícitos, van bien; pero si la adversidad le persigue, la ley le despoja; y entonces se da el caso de que la finca se vende, el Estado se cobra sus tributos atrasados y después la transmite á otro propietario cuyos negocios vayan viento en popa.

De donde resulta que el propietario, que lo era en virtud del primer acto de apropiación y por la herencia, única base razonable de la propiedad, según la doctrina economista, es desposeído, y la finca queda en manos del favorecido por el éxito y por la ley aunque carezca de razón que le abone.

Tenemos, pues, que una cosa es la razón de la propiedad burguesa, y otra la ley y los hechos; sin contar que cuatrocientos mil expropietarios españoles han visto perderse sus propiedades en el abismo capitalista y, nuevos proletarios, se hallan en disposición de apoyar calurosamente las reivindicaciones socialistas del proletariado.

No es todo iniquidad la obra de la burguesía dominante, puesto que, como vemos, fomenta considerablemente la propaganda revolucionaria.

El abrir un nuevo mercado á los productos de la industria francesa, ha causado un número de víctimas que excede de cuanto podría uno imaginarse.

El gobierno de la vecina república ha mandado al Tonkin un total de 43,676 hombres.

De estos han muerto en el campo de batalla y en los hospitales 9,470, habiendo quedado inutilizados para el trabajo, á consecuencia de heridas y enfermedades, 27,924. El total de víctimas ha sido, pues, de 37,394, ó sea el 86 por 100 de los soldados mandados allí.

Y mientras la burguesía ha sacrificado tantas vidas al afán de tener un nuevo mercado donde vender sus productos, los obreros franceses sufren toda suerte de miserias y privaciones, al lado de almacenes repletos de toda clase de mercancías que esperan quien las consuma.

¡Y aun habrá quien sostenga que vivimos en la mejor de las sociedades posibles!

Sant Angelo Ipote acaba de terminar una importante obra acerca de los mineros de Lercara, en Sicilia. Dice en ella que de 275 obreros de una mina hay 175 que se han vuelto jorobados y asmáticos á consecuencia de un trabajo prematuro y excesivo. La gibosidad monstruosa empieza á manifestarse en ellos hacia la edad de 30 años y sigue una progresión regular en su desarrollo.

Las fotografías unidas á esta monografía,—dice *Le Cri du Peuple*,—son tanto ó más conmovedoras que un capítulo de *Germinal*. Hay que ponerlas á la vista de los

satisfechos y obligarles á contemplarlas. Esos trabajos científicos tienen algo bueno, porque ponen en evidencia las iniquidades sociales, y una vez conocidas no tardan en ser vengadas y abolidas.

En esto último no estamos conformes con el colega parisiense: hay iniquidades que vienen siendo conocidas desde hace muchos siglos y aun subsisten.

Los *fuertes*, nombre que se da en Bristol á los descargadores de granos y á los faquines del puerto, han intentado destruir una grua colossal móvil, capaz de levantar cincuenta toneladas por hora. Es una inocente rebelión contra el maquinismo. Los descargadores han tenido que contentarse con declararse en huelga.

¡Esfuerzo inútil!

No se debe destruir las máquinas, sino suprimir por completo los enormes beneficios que realizan los acaparadores de esos instrumentos de trabajo perfeccionados.

Hállase en Cataluña muy generalizada la costumbre de celebrar certámenes literarios.

Rara es la población de regular ó mediana importancia que con motivo de su fiesta mayor no organice su certamen, imitación de los célebres Juegos Florales de Barcelona.

En estos certámenes se ofrecen premios honoríficos y algunas veces pecuniarios á los que mejor traten temas poéticos, históricos y económicos de interés local, á juicio de un jurado, compuesto siempre de personas reputadas como competentes en literatura.

Ultimamente se ha introducido la costumbre de presentar temas socialistas, ó sea relacionados con los diversos aspectos del complicado problema social.

Semejante novedad se ha considerado por muchos como un progreso, y así debiera ser si los hechos no probasen lo contrario.

En efecto; resultaba que como los jurados, por regla general, si tienen competencia literaria, carecen por completo de competencia científica, y están además imbuídos de la preocupación conservadora, juzgan con tan pobre criterio como el que los ciegos pueden tener sobre los colores y la luz, y sus veredictos son deplorables.

Así las cosas, tenemos que en vez de impulsar el progreso de la ciencia económica se crea una rémora autorizada por la supuesta sabiduría de los jurados, y se da el triste caso de que en la enérgica y activa Cataluña, mientras abundan los *mestres en gay saber*, altisonante título concedido á los poetas, se dificulta el estudio de la sociología, ciencia adaptable en alto grado al carácter catalán y de urgentísima necesidad en la época presente.

El asunto es importante: la burguesía catalana ha creado una verdadera rémora al progreso de la sociología. Cada jurado que falla sobre temas de carácter social, condena ideas racionales y adelantadas y premia únicamente lo atrasado y lo rutinario, dando aspecto de sentencia formal y seria á las manifestaciones de la ignorancia.

El hecho á que nos referimos es tanto más importante cuanto por perpetrarse en una fiesta popular pasa en medio de la alegría de los trabajadores, primeras víctimas á quien el mal afecta.

Llamamos la atención de las secciones catalanas de la Federación Regional, esperando que en este mismo terreno sabrán combatir la incapacidad de la burguesía.

Suponemos á nuestros lectores enterados de las escandalosas revelaciones que sobre la magistratura hizo hace pocos días en el Senado un magistrado del Tribunal Supremo.

A pesar de la gravedad del caso nada diríamos, porque al fin, si un magistrado pierde la gravedad entre prostitutas, el hecho tiene carácter individual. No así lo que un famoso jurisconsulto dijo en disculpa de tales escándalos: Hay magistrados que han saltado en el escalafón por encima de 926 de sus compañeros, algunos de los cuales cuadruplicaban los años del servicio del agraciado; en beneficio de ocho individuos se han hecho 1,925 postergaciones y en provecho de siete 3,252 anticipos; de lo cual dedujo que las prevaricaciones, si existieran, casi no podrían censurarse.

Esto es como un informe que pone de manifiesto la injusticia de la sección de *trabajadores* de la justicia.

Hemos recibido la *Gazzete Operaria*, de Torino, que viene á defender en el estadio de la prensa socialista las ideas anárquico-comunistas.

Saludamos afectuosamente al nuevo colega obrero y aceptamos el cambio.

LA REPÚBLICA MODELO

New-York, Mayo 1887.

EL año pasado se distinguió por el gran número de huelgas que tuvieron lugar en estos Estados; jamás país alguno sufrió tanto por este azote, y, no sin razón, esperábamos que este año fuera aún peor. Nuestras esperanzas no han sido desmentidas pues durante los cuatro meses que llevamos transcurridos hemos presenciado 376 huelgas contra 49 en igual período del año anterior.

La depresión industrial que atravesamos, y que del mismo modo afecta á Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania, es digna de estudio: no reviste el carácter de pánico ó crisis con que los economistas denominan esos grandes trastornos que en pocas horas hunden en la miseria á gran número de capitalistas, no; esta depresión es lo que puede llamarse, si se me permite la frase, *crisis económica*. ¿A qué obedece esta *consunción* en el país más rico del mundo? La contestación á esta pregunta puede explicarse analizando los efectos de distintos modos, y como pocas veces comento, bien puedo alguna vez permitirme este lujo con derecho de ser leído.

Una de las principales causas á que debe atribuirse la depresión industrial en los Estados-Unidos, es á la especulación que en gran escala ha venido haciéndose en la construcción de ferrocarriles y otras obras de carácter público, en ciertas demarcaciones donde las necesidades de la población no lo demandaba.

Los inmensos capitales creados en manufacturas y otros monopolios, buscan campo más extenso, y lo hallan en los vastos territorios de Tejas, Dakota y otros. A fin de rodear con buen éxito, fórmase una sociedad anónima con capital suficiente, y, como programa obligado á la idea de progreso, anuncia la construcción de un ferrocarril que deberá atravesar un terreno en donde aún no se ha establecido ningún ser humano.

Empieza la dicha sociedad por solicitar del gobierno la cesión de 100 ó 200 mil acres (1) del terreno público, que desde luego obtiene *gratuitamente*, puesto que de algún modo ha de subvencionar la república á sus futuros reyes. Este terreno se subdivide en pequeños lotes que después venden ó arriendan á los europeos que de ese continente emigran á éste con la esperanza de hallar aquí el Paraíso terrenal. Al mismo tiempo traen de Alemania ó Austria 15 ó 20,000 obreros, los cuales viven mientras duran los trabajos de ferrocarril; viniendo después á engrosar la falange de los desocupados.

Estos ferrocarriles, construídos en territorios deshabitados, han hecho surgir como por encanto grandes minas de hierro, carbón y otros minerales, campos de valiosas maderas y otros elementos industriales de riqueza que serían una bendición si no vinieran á estrellarse: 1.º contra la subida tarifa que pagan á esos mismos ferrocarriles, 2.º en la lucha á brazo partido contra el proteccionismo internacional que, bajo pretexto de amparar á los trabajadores, han establecido los grandes monopolistas, verdaderos mentores del gobierno, y 3.º en la fatalidad, que hace que obedeciendo cuanto económicamente nos rodea dentro del orden actual á la oferta y la demanda, necesariamente haya de resentirse esta inmensa producción de la falta de consumidores en territorios que, como ya dejé indicado, se hallaban ayer completamente deshabitados.

Cuando esta depresión industrial se presenta en toda su desnudez, como resulta ahora, las compañías de ferrocarriles han hecho su negocio, porque son los amos de la tierra; los industriales que, deslumbrados por la perspectiva de los nuevos filones de riqueza se arriesgaron en empresas, unos se hallan arruinados, otros más prudentes se han escondido en espera de mejores tiempos, y otros luchan contra la quiebra, mientras que los obreros se mueren de hambre.

Yo creo, con la firmeza de una convicción, que no hay un sólo progreso de los que nos presenta el capitalista que no sea un nuevo eslabón remachado á la cadena que lleva al pie el productor; y por esto vacilo muchas veces en denunciar el decantado progreso de esta república, á fin de que no piense alguno que por sistema combato; sin embargo, esta vez viene á dar fuerza á mi afirmación el último informe oficial publicado en Washington, y con él á la vista no me haré sospechoso.

Mr. Carroll D. Wright, presidente de la Comisión de estadística de trabajo dice así:

«Mr. Eduard Atkinson, cuya autoridad es incuestionable, dice que en el año 1882 la construcción de ferrocarriles se valuó en \$ 30,000 por milla, empleándose en ese trabajo 76,000 obreros de todas clases. En el año 1883 se impuso á los trabajadores una rebaja en los salarios de 11 %, y se redujo en un 16 $\frac{2}{3}$ % el costo por milla, siendo despedidos por falta de trabajo 516,000 hombres, que unidos á los muchos que ya carecían de él, forman una gran falange.»

Creo que basta con estas cifras que friamente nos suministra el gobierno para formar-

(1) Medida inglesa de 4,840 yardas cuadradas, ó sea 4,046 metros cuadrados.

se una idea exacta de la situación económica que atravesamos y poder al mismo tiempo predecir el porvenir lisonjero que aguarda á los trabajadores en la República Americana.

Aquí había ya puesto punto final á esta carta cuando recibimos de Europa el siguiente despacho:

«Bruselas, Mayo 17 1887.—La huelga de los mineros en los alrededores de La Croyère, distrito de Charleroi, se extiende de un modo alarmante; esta tarde hizo fuego la tropa á un grupo de huelguistas, resultando un muerto y otro herido. Esto ha causado gran indignación entre los mineros, etc.»

En la columna opuesta del *Herald* del día 18 donde se publicó este despacho aparece otro que nos remiten de Pensilvania, estado americano y cuna de la democracia; remitió el original inglés según se publicó en el *Herald* porque bien podría ser que algunos de los obreros comisionados que fueron á Madrid, dude de su autenticidad y en ese caso puede *convencerse* leyéndolo en la Redacción de ACRACIA, y tal vez se ENMIENDE, el despacho dice así:

«BARONES BÁRBAROS DEL CARBÓN

«*Tratamiento brutal de obreros en la región de la antracita.—Expulsados de miserables hogares.—Impedidos de llevarse sus bienes y dejados á la intemperie en la falda de la montaña.*

«(Telegrama del *The Weekly Herald*).—Wilkesbarre, Pa., 17 de Mayo de 1887.—El caso más atroz de opresión de obreros por compañías mineras que se conozca en las regiones de la antracita ha sucedido en Hazlebrook, en el extremo inferior del condado.

«Estas minas son explotadas por una compañía que posee todo el terreno á gran distancia alrededor, así como todos los edificios en que viven sus empleados y operarios á los que no vende ni cede terreno ni permiso de construirse un hogar propio.

«*Esclavitud moderna.*—Los propietarios, según dicen, obligan á todos sus trabajadores á vivir en las casas de la compañía, que por regla general son chozas de la clase más miserable. Tienen grandes almacenes y prohíben á sus trabajadores proveerse en otra parte, ni permiten que se establezcan tenderos independientes, ni que pasen por su territorio mercaderes ambulantes.

«Los trabajadores son simplemente propiedad de sus patronos, que les privan de todo: los derechos y privilegios de hombres libres.

«En los almacenes de la compañía se vende al precio que ésta establece, y las cuentas se pagan con el salario, de modo que muchos obreros dicen que no han visto dinero durante meses enteros. Las contratas de alquiler son formuladas de manera que el obrero renuncia á los derechos que le concede la ley. Cada inquilino ha de firmar lo que llaman una petición amigable de expulsión que da á la compañía la facultad de expulsarle en cualquier momento sin recurso ni demora de ninguna clase.

«Pocas semanas há un hombre fué despedido por la compañía sin indicación de motivo. El hombre se habia afiliado á los Caballeros del Trabajo; éstos piden su reinstalación, pero su demanda es tratada con desprecio; entonces cierto número de individuos dejan el trabajo en una de las minas.

«*Bárbaro.*—Se les dijo inmediatamente que sacaran sus instrumentos de la mina, y dejaran sus casas, pero no se les permitió siquiera hacer venir un carro para cargar sus pocos chismes, no podían hacer nada, y el sábado empezó el trabajo de la expulsión, y la policía invadió las casas, y todo cuanto pertenecía á los inquilinos fué echado á la calle, y las familias expulsadas, y cerrándose luego las casas. Cuando los desgraciados querían refugiarse en casa de sus vecinos, éstos declararon que no podían recibirlos porque se les había amenazado de expulsarlos á ellos también si acogiesen á alguno de los proscritos.

«*Sin casa ni abrigo.*—Hombres, mujeres y niños, fueron así dejados sin amparo de ninguna clase. Algunos marcharon varias millas fuera del territorio de la compañía, á casa de amigos, pero otros no tenían á donde ir y quedaron desamparados en la falda de la montaña dos días y dos noches.

«No podían siquiera llevarse su ajuar, porque la compañía no quería permitir que entrara un carro ó caballo en su territorio, y si no hubiesen recibido el socorro secreto de algunos de sus vecinos se habrían quedado hasta sin comer.

«*Buscando reparación.*—Cuando los hechos referidos llegaron á saberse entre la gente de aquella parte del condado, que no fué hasta el lunes, hubo una gran explosión de indignación, tomando inmediatamente la sección local de los Caballeros del Trabajo la cosa por su cuenta, encargando á sus abogados que examinen las contratas y manifiesten la ilegalidad de los documentos que parecen directamente contrarios á varias leyes establecidas precisamente para proteger á los inquilinos pobres contra la arbitrariedad de los propietarios.

«Los desgraciados fueron socorridos y puestos en posesión de sus cosas.

«*Más expulsión.*—A pesar de la indignación de toda la vecindad, la compañía hace preparativos para otras expulsiones, y se dice que quieren echar fuera á todos los hombres que hayan tomado parte en la huelga.»

Después de esto, hay que convenir en que no soñamos los que creemos muy cerca el día de la expiación de estos verdugos de la humanidad.—EL CORRESPONSAL.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.